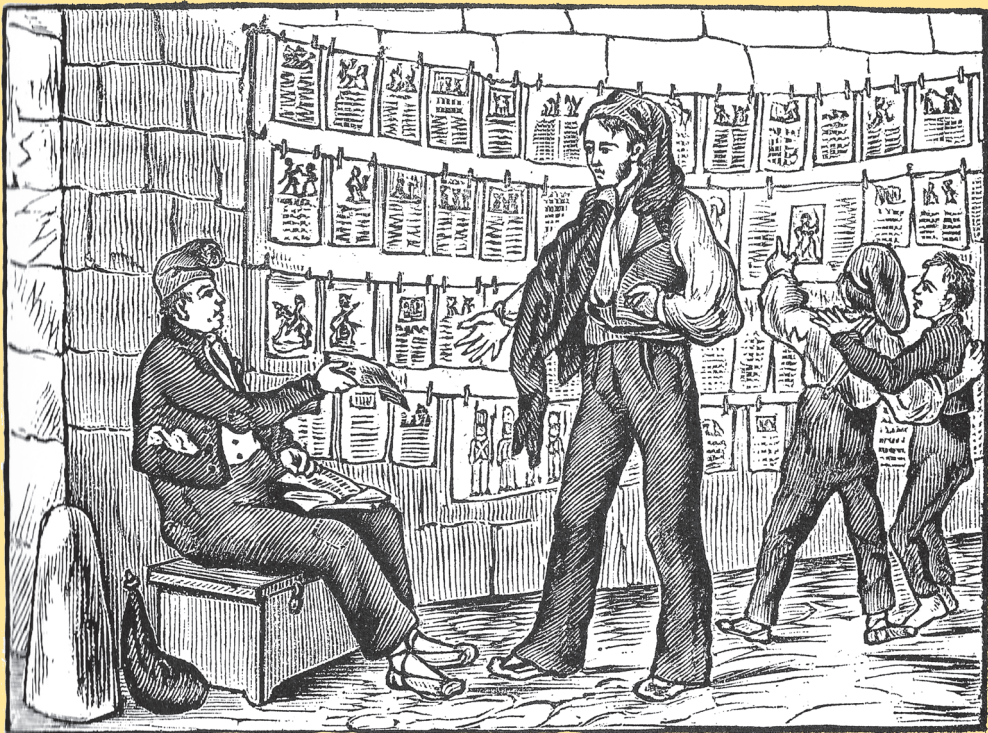


ANTONIO CASTILLO GÓMEZ | VERÓNICA SIERRA BLAS (DIRS.)
MARÍA DE LA HOZ BERMEJO MARTÍNEZ (ED.)

«SCRIPTA IN ITINERE»

Discursos, prácticas y apropiaciones
del escrito en el espacio público
(siglos XVI-XXI)



«SCRIPTA IN ITINERE»

«SCRIPTA IN ITINERE»

DISCURSOS, PRÁCTICAS Y APROPIACIONES
DEL ESCRITO EN EL ESPACIO PÚBLICO
(SIGLOS XVI-XXI)



ANTONIO CASTILLO GÓMEZ

VERÓNICA SIERRA BLAS

(dirs.)

MARÍA DE LA HOZ BERMEJO MARTÍNEZ

(ed.)

EDICIONES TREA

La publicación de este libro se inserta en el cuadro de las investigaciones y actividades promovidas y desarrolladas dentro de los proyectos «*Scripta in itinere*». *Discursos, formas y apropiaciones de la cultura escrita en espacios públicos desde la primera Edad Moderna a nuestros días* (HAR2014-51883-P); «*Vox populi*». *Espacios, prácticas y estrategias de visibilidad de las escrituras del margen en las Épocas Moderna y Contemporánea* (PID2019-107881GB-I00/AEI/10.13039/501100011033); y *Subgrafías: artefactos, memorias y gestos subalternos en la Historia social de la cultura escrita (siglos XVI-XXI)* (PID2024-158235NB-I00), financiados por el Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades, y la Agencia Estatal de Investigación del Gobierno de España.



© los autores de los textos, 2025

Motivo de cubierta: *Vendedor de romances junto al convento de San Agustín en Barcelona*. Grabado anónimo, ca. 1850.

© de esta edición:

Ediciones Trea, S. L.
C/ Gran Capitán, 52
33213 Gijón · Asturias · España
Tfno. 985 303 801 · Fax 985 303 712
trea@trea.es
www.trea.es

Producción: Patricia Laxague Jordán
Maquetación: Alberto R. Torices

Depósito legal: AS 00333-2025
ISBN: 979-13-87790-11-0

Impreso en España – Printed in Spain

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo por escrito de Ediciones Trea, S. L.

La editorial, a los efectos previstos en el artículo 32.1 párrafo segundo del vigente TRLPI, se opone expresamente a que cualquiera de las páginas de esta obra o partes de ella sean utilizadas para la realización de resúmenes de prensa.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Índice

Letras en acción. Genealogía, métodos y propuestas de estudio	11
ANTONIO CASTILLO GÓMEZ VERÓNICA SIERRA BLAS	

I. IDEOLOGÍA, REPRESENTACIÓN Y MEMORIA

1. <i>Sicut liliun inter spinas</i> . Circulación de dogmas en la Valencia del Quinientos	35
JULIO MACIÁN FERRANDIS	
2. Escribir la muerte: la epigrafía funeraria femenina de los siglos XVI y XVII en Alcalá de Henares	51
MARINA AGUILAR SALINAS	
3. Del monumento efímero al impreso duradero: relaciones de los arcos triunfales dedicados a Francisco Fernández de la Cueva, virrey de la Nueva España, en su entrada a la ciudad de México (1653)	73
ADRIANA BELTRÁN DEL RÍO SOUSA	
4. Usos e funcionalidades da cultura escrita em festas de beatificação, de canonização e de translação de relíquias em cidades portuguesas (seculo XVII)	83
PAULA ALMEIDA MENDES	
5. «Este edificio fue construido por»: el papel de las placas en las escuelas asturianas en Época Contemporánea	97
LAURA MARTÍNEZ MARTÍN	
6. Escribir en el mármol. Las inscripciones monumentales de la Primera Guerra Mundial en Italia	123
GRAZIANO MAMONE	

- | | |
|---|-----|
| 7. El nomenclátor urbano: lugar de memoria y cultura política | 139 |
| JORDI HENALES SALAMANCA | |
| 8. Un avance hacia la visibilización pública de las mujeres: el callejero
de Guadalajara | 161 |
| MARÍA DE LA HOZ BERMEJO MARTÍNEZ | |
| 9. Paisaje lingüístico-escrito conmemorativo (o escritura expuesta) en Córdoba | 181 |
| CLARA EUGENIA PERAGÓN LÓPEZ ALFREDO UREÑA UCEDA | |

II. VOCES REBELDES, LETRAS DISIDENTES

- | | |
|---|-----|
| 10. Imágenes y textos de la disidencia: el arte del contrapoder en los siglos XVI y XVII
y su exposición pública. | 207 |
| CRISTINA FONTCUBERTA I FAMADAS | |
| 11. Información y agitación: edictos, avisos y pasquines en las paredes de la Zaragoza
de los Sitios (1808-1809) | 229 |
| MÓNICA GARCÉS PALACIOS | |
| 12. Escritura y oralidad en el disenso político femenino: la experiencia del Sexenio
Democrático (1868-1874) | 237 |
| GLORIA ESPIGADO TOCINO | |
| 13. De la señalización a la libertad: las escrituras expuestas en los campos
de internamiento del exilio español | 257 |
| GUADALUPE ADÁMEZ CASTRO | |
| 14. Les affiches de l'Atelier de l'École Beaux-Arts de Paris. Histoire d'exposition
(1968-2018) | 283 |
| PHILIPPE ARTIÈRES | |
| 15. «A las mujeres universitarias». El Movimiento Democrático de Mujeres
en la conquista del espacio universitario | 297 |
| CLAUDIA CORRAL VIEJO | |

III. PALABRAS DE ORDEN, MENSAJES AUTORIZADOS

- | | |
|--|-----|
| 16. Del altar a la inmundicia. Los edictos de la Inquisición española y la problemática
en torno a su publicación | 315 |
| BÁRBARA SANTIAGO MEDINA | |

17. Leyes expuestas, leyes pregonadas. Los lugares de comunicación institucional en el Ducado de Milán en el siglo XVI 337
MARCO FRANCALANCI
18. Bandi, editti e provvedimenti del vescovo e della Repubblica di Lucca tra XVI e XVII secolo 351
DAVIDE MARTINI
19. Genova nel Seicento. La comunicazione del potere con i cittadini e il tessuto delle relazioni sociali ricostruiti attraverso i materiali tipografici effimeri delle tipografie locali: considerazioni preliminari sugli avvisi a stampa 373
MONICA GALLETI
20. «Por las calles y plazas acostumbradas»: itinerarios de publicaciones de gobierno (Santander, XVI-XVIII) 393
VIRGINIA M.^a CUÑAT CISCAR | FRANCISCO SAULO RODRÍGUEZ LAJUSTICIA
21. El uso funcional del papel impreso: la verdadera revolución de la imprenta 415
XEVI CAMPRUBÍ
22. El cartel editorial en España en el siglo XIX: efimeros en escaparates, puertas y muros 439
PEDRO RUEDA RAMÍREZ | MÒNICA BARÓ
23. «La limpieza es la salud». La enseñanza de la Higiene en los carteles escolares de la España de principios del siglo XX 459
ELENA FERNÁNDEZ GÓMEZ
24. La Alemania Nazi y el uso de la propaganda negra en España durante la Segunda Guerra Mundial 483
MERCEDES PEÑALBA-SOTORRÍO

IV. TEXTOS, MEDIADORES Y MIGRACIONES

25. In stampa e in scena. Le molte forme del consumo di testi nell'Italia moderna 505
Marina ROGGERO
26. El tránsito del antiguo al nuevo régimen del impreso: ¿un nuevo paisaje para el escrito en el espacio público? (España, siglos XVIII-XX) 525
JEAN-FRANÇOIS BOTREL

27. O cinema e a comunicação no espaço público. Um estudo de caso: «Rio 40 Graus» (1955, Nelson Pereira dos Santos)	545
ALCIDES FREIRE RAMOS	
28. O circuito teatral da cidade de São Paulo e o lugar do SESC-SP na produção e circulação de espetáculos teatrais	555
ROSANGELA PATRIOTA RAMOS	
29. El bibliobús: ampliando espacios de lectura	573
MAITE COMALAT NAVARRA	
30. Poesie alla deriva. Il Movimento per l'Emancipazione della Poesia: un caso di letteratura esposta	587
FABIO CONTU	
31. Oralidad y permanencia en las redes sociales. Twitter y el espacio identitario compartido en la conversación abierta de internet	609
DANIEL ESCANDELL MONTIEL	

V. EMOCIONES Y CULTURA ESCRITA

32. Grafitis y comunidades emocionales (siglos XVI-XVIII)	627
VÉRONIQUE PLESCH	
33. Lecturas antropológicas de los paisajes escritos populares de tipo religioso en el medio rural a partir del ejemplo de Cardeñosa (Ávila)	641
PEDRO JAVIER CRUZ SÁNCHEZ	
34. Las negras alas de la muerte: duelo y escritura en las Cortes	661
VIRGINIA RAMÍREZ MARTÍN	
35. Trovadores comprometidos durante el tardofranquismo y la transición española: la ocupación simbólica del espacio	681
ALBERTO CARRILLO-LINARES	
36. Cultura escrita y religiosidad popular: las peticiones al «Santet de Poblenou»	703
ÉRIKA FERNÁNDEZ MACÍAS	
37. La cultura de la muerte entre los judíos ortodoxos: los anuncios mortuorios en la Jerusalén actual	729
RIVKA JANA GREENBLAT	
Autores/as	755

El nomenclátor urbano: lugar de memoria y cultura política

JORDI HENALES SALAMANCA

1. INTRODUCCIÓN

La mayoría de los trabajos elaborados sobre el callejero no contienen un estudio o análisis sobre la influencia que ejercen las diferentes ideologías que en cada período histórico se despliegan sobre el nomenclátor de la ciudad, perdiendo de este modo un factor decisivo para conocer el porqué del cambio en la rotulación de las calles. Es cierto que no todas las calles presentan una ideología precisa detrás de su nombramiento, pero cada elección se inscribe y se inserta en su propio marco histórico.

Un paso más allá sería vincular el estudio y análisis del nomenclátor urbano con el concepto de cultura política. Este término fue originalmente elaborado por Gabriel A. Almond y Sydney Verba, concepto que con el tiempo ha ido evolucionando y que aquí lo utilizaremos en el sentido de análisis de procesos sociales, modos de conducta y su relación con las decisiones políticas de la elite gobernante, estableciendo el nexo de unión entre esta y la ciudadanía, fiel reflejo de las decisiones políticas y su participación en la actividad política. Pero, para comprender mejor en qué consiste la cultura política, he aquí una definición elaborada por Miguel Ángel Cabrera Acosta:

Las culturas políticas son el producto de las experiencias pasadas de la sociedad y de la sedimentación histórica de valores, creencias y actitudes políticas que se transmiten de generación a generación a través de la socialización política de las personas. Estas adquieren e interiorizan la cultura política en el transcurso de su incorporación a la sociedad, mediante un proceso de aprendizaje y de transmisión que llevan a cabo los diversos agentes o medios de socialización, entre los que destacan la familia, la escuela, el servicio militar, los medios de comunicación y los propios partidos políticos.¹

¹ CABRERA ACOSTA, Miguel Ángel: «La investigación histórica y el concepto de cultura política, en Culturas políticas: teoría e historia», en Manuel Pérez Ledesma y María Sierra Alonso (eds.): *Culturas políticas: teoría e historia*, Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 2010, p. 22.

Evidentemente, uno de esos medios de socialización y difusión de transmisión es el callejero, el cual se convierte en un elemento esencial de difusión de ideas y de propaganda política y, a través de él, debido a su visibilidad dentro de la sociedad, el ciudadano se ve inmerso de lleno en la transmisión de ideas políticas, pues tiene esa virtud que le hace fácilmente utilizable y manejable para esta labor política. La definición de Cabrera Acosta también menciona los medios de comunicación, otro elemento esencial para conocer la difusión de la cultura política y su impacto. Otra definición que sigue por estos cauces es la que da Rafael Cruz:

La cultura política ordena la historia y la realidad, ofreciendo unidades relativamente coherentes que incluyen el pasado, el presente y el futuro. De esa manera, integra memorias sobre el tiempo vivido, y con respecto al futuro, implica marcos comunes de referencia para la realización de acciones colectivas.²

La creación de una memoria que pretende ser colectiva debe de llegar al ciudadano y hacerle partícipe del nuevo proyecto político. Pero la creación de una memoria implica el olvido de la memoria de la etapa anterior: un olvido que es premeditado y que, con cierta alevosía, intenta llevar a cabo la destrucción de la memoria colectiva previa, superponiéndose a una memoria individual, pues en la Segunda República y durante el franquismo, será esa creación de memoria colectiva un factor esencial, haciendo que dicha cultura política se viera reflejada en el nomenclátor, levantando pasiones y creando enfrentamientos entre los distintos grupos políticos. Además, añade un concepto bastante interesante y es el de Historia. La utilización de la Historia en el callejero con fines ideológicos se convierte en una práctica habitual, más visible en la etapa franquista debido a su larga duración y a la pervivencia de ejemplos en la actualidad. Un uso que no está libre de abusos, de interpretaciones erróneas de la historia, pero con una intencionalidad evidente. En este aspecto destacan las palabras de Juan Ramón Aranzadi Martínez:

La historia no es en modo alguno memoria, pero contribuye a constituir, mediante la conversión en canónicos de algunos de sus relatos y episodios, mediante su conversión en mitos políticos y su periódica conmemoración ritual y evocación monumental, el patrimonio simbólico de los estados nacionales, patrimonio del que forma parte lo que actualmente suele denominarse memoria histórica, aunque quizá fuera más exacto denominarlo historia mnemotécnica, pues constituye una técnica política de manipulación de la historia convertida en mito con objeto de suscitar y dirigir la evocación mnemónica y la imaginación de los ciudadanos, estimulándoles a la construcción simbólica de esas comunidades imaginadas que son las naciones.³

² CRUZ MARTÍNEZ, Rafael: «La cultura regresa al primer plano», en Rafael Martínez y Manuel Pérez Ledesma (eds.): *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid: Alianza, 1997, pp. 13-34.

³ ARANZADI MARTÍNEZ, Juan Ramón: «Historia y nacionalismos en España hoy», en Ignacio Olmos

Pero ¿por qué es necesario estudiar este concepto? Pues para establecer la relación que existe en la rotulación de las nuevas calles, con su consiguiente carga política, y la aceptación cultural o no de ese nuevo nomenclátor. Como bien señala de Diego Romero:

En la medida en que la cultura política remite al aspecto significativo de la vida, resulta forzoso examinar los procesos sociales que contribuyen a la formación de significados y dinámicas de negociación y conflicto a través de las cuales los sujetos asignan sentidos comunes o diversos a los ingredientes de la actividad política.⁴

Analizar esa dinámica puede ayudar a conocer la ideología que se esconde detrás de cada nueva rotulación, desentrañar la carga ideológica de cada decisión y el impacto que puede provocar la eliminación de una calle y la sustitución de su anterior nombre por otro nuevo. Porque una cosa es evidente, que cada régimen político está inmerso en su propia cultura política y que intenta reflejarla, ya sea en el nomenclátor, o en la creación de monumentos, estatuas, símbolos como la bandera, himnos, etc.

Por lo tanto, podemos comprender el fracaso de la cultura política republicana, que intentó amalgamar distintas confluencias políticas y de todas ellas crear una propia cultura política, partiendo de una base complicada, pues el único referente que tenía como forma de gobierno similar del que intentar imitar o copiar aspectos similares, era la Primera República. La Segunda República supone un régimen atractivo de analizar, pues en un corto espacio de tiempo, pasa por unas situaciones políticas, sociales e ideológicas que dejan una huella en el nomenclátor y en su élite política, en su intento de reflejar su propia cultura política, permite un análisis comparativo excepcional de ese gran abanico político que conforma el régimen republicano.

Una etapa nada fácil por las circunstancias en las que llega la República, una etapa que destaca por la heterogeneidad política en el gobierno y en los ayuntamientos, lo que supone una dificultad a la hora de legislar y tomar decisiones, una diversidad política que trae consigo conflictos a la hora de rotular calles, pues cada grupo político trae su propia cultura política y el intento de creación de una global marcará el éxito o el fracaso. En este caso, la República sucumbe debido a la derrota en la Guerra Civil, pero también se vio frustrado su intento de creación de una identidad política con la que poder difundir y expandir en el imaginario colectivo de la sociedad. Los vaivenes políticos que sufrió el régimen republicano es una de las causas que explican dicho fracaso, pero también el fracaso de las élites políticas a la hora de crear símbolos, mitos,

y Nikky Keilholz-Rühe (ed.): *La cultura de la memoria. la memoria histórica en España y en Alemania*, Madrid: Iberoamericana, 2009, p. 160.

⁴ DE DIEGO ROMERO, Javier «El concepto de cultura política en ciencia política y sus implicaciones para la historia», *Ayer*, n.º 61, 2006, p. 249.

monumentos, utilización de mártires, etc. En esta línea, cabe señalar la interpretación de Manuel Suárez Cortina:

La fragmentación republicana que siguió al fracaso de la Primera República es de este modo mucho más que una escisión en partidos políticos apunta a una verdadera exigencia de reparar proyectos sociales, filosofías de referencia, horizontes de futuro tan distintos que conformaron lenguajes y discursos a menudo opuestos y que se establecieron sobre simbologías y modelos de representación a su vez dispares.⁵

Esta pluralidad fue esencial para entender el colapso republicano a la hora de determinar una ideología precisa, concisa y clara, a su vez que el uso de varios registros supone un retroceso a la hora de crear medios de difusión de la cultura política, la cual, es difícil que se extienda y perdure sin la utilización de una simbología evidente. La construcción de un discurso legitimador será fundamental y este será más evidente con el estallido de la Guerra Civil, pudiendo identificar claramente el discurso de cada bando. Y, aunque la República sí que llevó a cabo la creación de símbolos, himnos, mártires, no supo aglutinar a las masas, pues los momentos de fervor político fueron escasos. Este fracaso se debe, como bien argumenta Ricardo García Cárcel, a que:

La memoria republicana pareció concentrar su atención en la etapa más reciente, la monarquía de Alfonso XIII, de la que se subrayaron sus perfiles más sombríos, vinculados sobre todo a la dictadura de Miguel Primo de Rivera. Pronto en la memoria corta se sublimará el 19 de julio, como hito de capacidad de resistencia al golpe militar, frente al 14 de abril de la memoria oficial.⁶

Los republicanos pretendieron llevar a cabo toda una serie de medidas que, a corto plazo, permitieran mejorar la situación de los ciudadanos, una medida que también tuvo sus detractores entre la derecha más conservadora, determinados sectores de la Iglesia Católica y muchos terratenientes. Ante la población de base más obrera y agraria y también entre sectores de clase media, se percibió a la República como la salvadora de la situación, pero la diversidad política del gobierno pasó factura. En esta línea, destacan las palabras de Ángel Duarte:

Los rasgos prometeicos y utópicos del ideal republicano permitieron que este desarrollase una compleja relación con otras culturas políticas en competencia, desde el liberalismo al socialismo obrerista, y que, al mismo tiempo, articulase un desarrollo conflictivo en dos lógicas

⁵ SUÁREZ CORTINA, Manuel: «El republicanismo como cultura política. La búsqueda de una identidad», en Manuel Pérez Ledesma y María Sierra Alonso (eds.): *Culturas políticas: teoría e historia...*, p. 275.

⁶ GARCÍA CÁRCCEL, Ricardo: *La herencia del pasado: las memorias históricas de España*, Barcelona: Gutenberg, 2011, pp. 453-454.

complementarias, la posibilista y reformista, por un lado, y la intransigente y revolucionaria, por el otro.⁷

Estas palabras ayudan a comprender mejor la diversidad política dentro de la Segunda República, la cual, pasó factura y así se puede apreciar a través del análisis del callejero, con la consiguiente rotulación de calles en los distintos períodos que vivió el régimen republicano. Si bien este análisis se acerca bastante a la realidad, sí que se debe señalar que la República intentó llevar a cabo el uso de símbolos y personajes, entre cuyos mártires podemos encontrar a Fermín Galán y Ángel García Hernández. También se trabajó en la creación de un calendario festivo republicano con día señalados como el 11 de febrero, aniversario de la Primera República, el 14 de abril o el 1 de mayo entre otros. Por lo que se refiere a la mención de la Primera República, además de celebrar su aniversario, también se adoptó el himno de Riego, hecho que provocó un arduo debate. El escaso uso de imágenes que sirvieran de hilo conductor entre la élite gobernante y el pueblo desembocó en la dificultad de crear una cultura política común que uniera las tradiciones particulares de republicanos, socialistas, comunistas y anarquistas entre otros, para quienes las diferencias fueron más fuertes que los aspectos compartidos.

El franquismo no formó una homogeneidad con la cual contraponerse a la heterogeneidad del bando republicano, también destacó por ser una amalgama de diferentes ideologías, teniendo todas ellas en común el odio, repulsión o desafecto hacia el régimen republicano. Ese elemento común, además del conservadurismo y la defensa católica a ultranza, fue clave para unirse pese a las diferencias existentes y los roces que surgieron en los años de gobierno, pero la hegemonía de la figura de Franco y el liderazgo que mostró por encima de las «familias» del régimen fue más que suficiente. Ese respeto a Franco y a su figura, tanto de forma física como de forma simbólica, es esencial para comprender el mantenimiento de dicho régimen por casi cuatro décadas. Así pues, se desmarca de la República, residiendo la clave, en palabras de Zira Box Varela, «en establecer que resultasen simbólicamente eficaces para la configuración de una parcial identidad nacional, inequívocamente delimitada, y prevista para asentarse sobre la destrucción y eliminación de la anti-España republicana».⁸

Es cierto que no todas las familias tendrán el mismo nivel de repercusión en el callejero, pues también dependen en cierto grado de la propia historia de la ciudad, su papel en la Guerra Civil y los personajes destacados que pudieron participar, sin olvidar figuras o acontecimientos históricos que el nuevo régimen franquista conside-

⁷ DUARTE MONTSERRAT, Ángel: «La esperanza republicana», en Rafael Martínez y Manuel Pérez Ledesma (eds.): *Cultura y movilización en la España contemporánea...*, p. 198.

⁸ BOX VARELA, Zira: *España, año cero. La construcción simbólica del franquismo*, Madrid: Alianza, 2010, p. 285.

rase aptos para rotular el callejero. Tampoco se debe olvidar que la ciudad de Alicante se denominaba en la documentación como Alicante de José Antonio Primo de Rivera y, por supuesto, debe de estar presente el traslado del cuerpo del líder falangista desde el cementerio de Alicante hasta el Valle de los Caídos, el cual estuvo imbuido de una especie de ritual digno de ser filmado y fotografiado, pues se produjo a pie llevado por falangistas portando antorchas. En este sentido, señala lo siguiente Box Varela:

Apropiándose adecuadamente de su figura, José Antonio resultaba un caído atractivo al que explotar. Por un lado, porque constituía un elemento importante al que recurrir dentro del heterogéneo discurso legitimador de los vencedores (...). Por otro, porque aseguraba la conformidad de los falangistas y aplacaba los resquemores que pudieran surgir entre sus filas dentro de un Estado poco dispuesto a llevar hasta la culminación la esperada revolución nacionalsindicalista. Finalmente, porque redundaba en beneficio del propio Franco quien, presentándose como defensor, garante y continuador de la doctrina joseantoniana, obtenía dosis de legitimidad como nuevo jefe nacional del partido unificado y como sucesor natural del fundador muerto.⁹

Además, la elevación del día de su muerte, el 20 de noviembre, como fiesta nacional, sin olvidar el saludo que se debía realizar, «José Antonio, ¡presente!». Una parafernalia que fue bastante eficaz para mantener a los falangistas afines a la figura de Franco y a su política, pues no debemos olvidar cuán cercano estuvo el falangismo español del fascismo italiano y del nazismo alemán durante la contienda bélica, y cómo después del final de la Segunda Guerra Mundial, continuaban presentes en el callejero nombres de falangistas caídos en el frente soviético luchando bajo bandera nazi. El único en caer en desgracia fue el cuñado del dictador, Ramón Serrano Suñer, germanófilo y proclive a intervenir en el conflicto bélico a favor de Alemania.

Es importante tener en cuenta la labor que tuvo la Sección Femenina a cargo de Pilar Primo de Rivera. Dedicada a la educación de la mujer, educaba a las mujeres en su ideario de sumisión, servilismo, destinada al hogar y al cuidado de los niños/as, pues, como afirma María Virtudes Narváez Alba, «la maternidad, la religión y el patriotismo eran los tres puntos que sostenían el ideal del arquetipo femenino del franquismo».¹⁰ Todo ello ayuda a comprender por qué la mujer no aparece en el callejero franquista y por qué cuando aparece se encuadra en unos patrones determinados. La rotulación de mujeres como Isabel la Católica o Agustina de Aragón, entre otras, responde en el caso de la primera a su reflejo de mujer reina gobernante y, además, católica, piadosa y representane de la unidad nacional de España que nacería en el

⁹ *Ibidem*, pp. 160-161.

¹⁰ NARVÁEZ ALBA, María Virtudes: «Maternidad, patriotismo y religión: pilares de un ideal femenino», en Lucía Prieto Borrego (ed.): *Encuadramiento femenino, socialización y cultura en el franquismo*, Málaga: Centro de Ediciones de la Diputación de Málaga (CEDMA), 2010, p. 268.

reinado de los Reyes Católicos; y la segunda como guerrera, luchadora y en tanto que símbolo patriótico y nacionalista. Por ello, el callejero está además repleto de nombres de vírgenes que sirven, no solo como reflejo de la importancia de la religión católica para el régimen franquista, sino como modelo para la mujer. Como bien apunta Cristina Cerón Torreblanca:

La utilización de estas figuras emblemáticas servía para conseguir una readaptación en clave ideológica del patrimonio simbólico español para servir a fines políticos (...). De tal forma, que con ellas se evocarían sentimientos de unidad de la patria, ultracatolicismo, y valores típicos del hogar, con lo que se tendría un modelo femenino cristiano que se contraponía al modelo femenino laico, y con el que se reforzaba la condición de servilismo, resignación de las mujeres frente a la autoridad de los hombres, de la religión del Estado y de Dios.¹¹

El papel de la Iglesia fue fundamental para imbuir a la Guerra Civil de ese halo de cruzada contra un enemigo que había que eliminar. Ese componente religioso fue fundamental para conseguir adeptos a la causa nacional, personas que no veían con buenos ojos la legislación republicana respecto a la religión, institución que se sintió atacada y menospreciada ante las nuevas leyes en un período en el que fue perdiendo fieles y parroquianos en los días de misa. La Iglesia actuó con cierta incredulidad y sorpresa ante el advenimiento de la República y, si bien es cierto que al principio se mostró cauta y participativa con el nuevo gobierno, los acontecimientos que se iban produciendo año tras año y ante el radicalismo de determinados sectores, sobre todo a partir de la victoria del Frente Popular, propició la radicalización de personajes importantes dentro de la Iglesia y un descontento que canalizaron hacia la causa franquista. El ideal de cruzada y el descrédito que presentaban los republicanos fue crucial para entender el nivel de violencia vivido en la Guerra Civil. La deshumanización de las personas afines a la República por parte de la Iglesia consiguió que triunfara la barbarie y la violencia de una forma inusitada y pocas fueron las voces que se situaron entre medias para calmar dichos ánimos de violencia gratuita. Cabe destacar las palabras de Alfonso Botti: «Lo que el franquismo introdujo fue la institucionalización de este pensamiento. Al amparo del Estado confesional franquista la identidad entre católico y español alcanzó categoría de discurso público, fue discurso oficial, el discurso oficial».¹²

Después de analizar la heterogeneidad existente en el franquismo, el siguiente paso es analizar la cultura política que trae consigo, la nueva ideología que se dejará sentir

¹¹ CERÓN TORREBLANCA, Cristina: «Modelos de mujer en la España de posguerra: educación, cultura popular y estrategias de resistencia», en Lucía Prieto Borrego (ed.): *Encuadramiento femenino...*, p. 273.

¹² BOTTI, Alfonso: «Religión e identidades nacionales en la España contemporánea. Ideas para una aproximación», en Justo Beramendi González, María Jesús Baz Vicente y Manuel Pérez Ledesma (coords.): *Identidades y memoria imaginada*, Valencia: Universitat de València, 2008, pp. 265-266.

y se plasmará en el nuevo callejero urbano. No es de extrañar que después del apoyo recibido por parte de la Iglesia, una de las primeras medidas será recuperar el callejero católico eliminado durante la República, y con el paso de los años, este se extenderá y el nomenclátor alicantino tendrá una presencia religiosa bastante perceptible, en el que los diferentes santos y vírgenes, además de personajes religiosos, ocuparán calles y plazas privilegiadas de la ciudad. Pero ¿cómo se podría definir la cultura política del franquismo? En este sentido, destaca la interpretación de Alberto Reig Tapia:

Su rasgo más definitorio venía dado por su férrea beligerancia contra los valores inherentes al liberalismo y a la ideología democrática, caracterizados por la defensa de la tolerancia y la reivindicación del pluralismo, origen y excusa principal de todos los males de la patria según sus ideólogos. En consecuencia, bien puede decirse que bajo el franquismo no hubo cultura política, sino adoctrinamiento político y legitimación ideológica del caudillismo franquista que, a pesar de los años transcurridos, no pudo acabar con los vestigios de la cultura política incipiente propiciada por la República y segada de cuajo tras la Guerra Civil.¹³

Esta explicación da por sentado que el franquismo no dispuso de una cultura política clara, pero si así fuera, hubiera sido muy difícil permanecer en el poder ideológicamente hablando. Es cierto que el franquismo no se entiende sin su líder y todo el culto realizado a su figura, pero por encima de todo, debía de haber una ideología capaz de llegar a los ciudadanos/as, y en este sentido, el callejero juega un papel esencial, pues es la viva imagen y fiel reflejo de la ideología imperante. Franco ya dispuso en la ciudad de sus espacios con su nombre, pero durante cuatro décadas esta debe de contar con otra serie de nomenclátor más allá de la figura de Franco. Por eso, entran en escena otros conceptos que darán peso y consistencia ideológica a la cultura política franquista, como el de raza, imperio, nacionalismo, mitos e historia, que tendrá su representación en el callejero con la selección de determinados nombres y acontecimientos. A grandes rasgos, el concepto de Hispanidad representa, en palabras de Eduardo González Calleja:

(...) la idea de Hispanidad y la evocación del pasado imperial son cuestiones de índole cultural no excesivamente tratados durante la guerra (...), pero sí especialmente adaptables a la realidad política e ideológica de la zona franquista, necesitada de mitos históricos en los que ver reflejadas sus actitudes presentes. La Hispanidad se comportará como la idea que aglutine y dé trabazón a conceptos tan dispares como Patria, Nación, Estado, Raza, Imperio o Religión.¹⁴

¹³ REIG TAPIA, Alberto: «Cultura política y vía pacífica a la democracia. El miedo y el olvido en la transición española», en Ignacio Olmos y Nikky Keilholz-Rühe (ed.): *La cultura de la memoria...*, pp. 109-110.

¹⁴ GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo: *La Hispanidad como instrumento de combate. Raza e imperio en la prensa franquista durante la Guerra Civil Española*, Madrid: CSIC, 1988, p. 7.

Con este concepto se pretende unir a los pueblos hispanos, por encima de las razas, utilizando ese nexo histórico común en un momento en el que después del final de la Segunda Guerra Mundial, España no cuenta con demasiados aliados y está fuera del concierto europeo e internacional y fuera de los nuevos organismos políticos internacionales. Este ideal de hispanidad, haciendo hincapié no en la conquista militar, sino en la acción religiosa y sobre todo civilizadora llevada a cabo en Sudamérica, para crear de este modo, una especie de unidad moral con el continente americano, despojándose así de la parafernalia fascista y militarista que España llevó a cabo durante la Segunda Guerra Mundial. Pero otro concepto a tratar es el nacionalismo, empleado en multitud de discursos y que aparece en la prensa franquista, pero que tiene unos rasgos bien definidos, con unas características claras, según Ismael Sanz Campos:

Hay, en efecto, una cultura nacionalista española a modo de discurso y ciertos códigos compartidos que vienen del ochocientos para sufrir continuas permutaciones. Se trata de un nacionalismo difuso y, podría decirse que sedimentado —como nacionalismo banal e institucional—, pero no por ello menos efectivo o profundo. Códigos, símbolos, representaciones y mitos que pueden ir de la Guerra de Independencia a los primeros pobladores, pasando por Roma y los visigodos, los Reyes Católicos o el Quijote, el Imperio o la Hispanidad.¹⁵

Por lo tanto, relación y conexión entre los diferentes conceptos de la cultura ideológica franquista que tendrán su mejor reflejo en la educación y los libros educativos. En esta definición ya se usan acontecimientos históricos que el franquismo utilizó para establecer puntos de unión con el pasado, un pasado interesado y tergiversado que responden a su nueva historia. En este sentido, apunta lo siguiente García Cárcel:

En plena hambre y privaciones mil de la posguerra utilizó los siglos XVI y XVII como fuente de legitimidad para sus sueños imperiales; despreció el siglo XVIII y a los Borbones con él, y olvidó drásticamente el siglo XIX como perverso. Enterró la tradición liberal y de la conservadora solo rescató al Menéndez Pelayo más integrista. En el segundo franquismo, desde finales de los años cincuenta, se recuperó el reformismo ilustrado para legitimar a los tecnócratas en el gobierno y se enterró el mito de la anti-España de los afrancesados, ahondando en el estudio del constitucionalismo (Luis Sánchez Agesta) o la revolución liberal (Miguel Artola) a la busca de la integración de la España en la normalidad europea.¹⁶

Así pues, no nos debe extrañar el desafecto hacia el siglo XIX, pues en el caso de la ciudad de Alicante se cuenta con ejemplos de cómo en el franquismo el siglo XIX fue denostado y suprimido del callejero. El ejemplo más destacado es la eliminación del Paseo Mártires de la Libertad por Paseo de la Explanada y el trágico final que

¹⁵ SANZ CAMPOS, Ismael: «Las culturas políticas del nacionalsocialismo español», en Manuel Pérez Ledesma y María Sierra Alonso (eds.): *Culturas políticas: teoría e historia...*, p. 313.

¹⁶ GARCÍA CÁRCCEL, Ricardo: *La herencia del pasado...* pp. 109-110.

aconteció a la estatua de los Mártires, decapitada por un obús durante la Guerra Civil y destruida después de la contienda. En cuanto a los Borbones, cuyo nomenclátor fue eliminado por la República, no es recuperado en el franquismo y son escasos los ejemplos de reyes o reinas en el callejero y los existentes pertenecen a la etapa medieval o moderna, como las calles Reyes Católicos, Isabel la Católica o Reina Violante, entre otros.

Pero no solo ese pasado histórico fue utilizado esa memoria a largo plazo, sino que también el pasado corto, o memoria a corto plazo, fue utilizado. Respecto a este tema el argumento más utilizado es el de la Guerra Civil, entendida desde un punto de vista maniqueísta, el del bien y el mal. El bien, encarnado en el ejército sublevado, que aspira a borrar el mal, la República, cuyos ideales de liberalismo, secularismo y democracia suenan a algo decimonónico, además del ideal de cruzada utilizado por la Iglesia para combatir al gobierno legítimo republicano. El franquismo demuestra así la primacía de unos períodos históricos por encima de otros, subyugando el siglo XIX al olvido, salvo la lucha y la defensa de la nación en la Guerra de la Independencia, mostrándose más proclive a la Edad Moderna. La historia utilizada para la creación de la cultura política franquista, creando una conexión entre ese pasado glorioso y el presente, que se contraponía a la República. En palabras de Walter L. Bernecker:

La cultura dominante en la España de principios de la Edad Moderna, durante el Siglo de Oro de las artes españolas, era la de la Contrarreforma, y más adelante la de la antimodernidad. Como la época de grandeza de España en la historia universal coincidía en el tiempo con el auge cultural del catolicismo contrarreformista se veía durante mucho tiempo una conexión indisoluble entre la cultura española y la resistencia contra las fuerzas de la modernidad. Prevalecía la mirada atrás con nostalgia hacia una España imperial y católica, a la que se le denominaba España eterna y reserva espiritual de Occidente.¹⁷

La Guerra Civil resuena como una especie de tabú, reinventado ideológicamente por el franquismo para denostar al enemigo abatido y eliminado, una guerra que se convertiría para Franco y sus seguidores en una guerra de liberación nacional, propiciando de este modo un olvido selectivo, o desmemorización, del período republicano, un olvido premeditado y producido a partir de las armas y el derramamiento de sangre. El franquismo supo construir una especie de memoria oficial, utilizando determinados conceptos ya tratados, además de los acontecimientos históricos interesados, haciendo gala de una especie de nostalgia por un pasado glorioso, repleto de épicas batallas, donde la moralidad religiosa y la honorabilidad de la soldadesca imperial juegan un papel importante, produciéndose de este modo una reescritura del

¹⁷ BERNECKER, Walter L.: «Democracia y superación del pasado: sobre el retorno de la memoria histórica reprimida en España», en Ignacio Olmos y Nikky Keilholz-Rühe (ed.): *La cultura de la memoria...*, p. 62.

pasado para crear así una memoria que en plena posguerra pueda llegar a las nuevas generaciones. Este punto de vista lo comparte José F. Colmeiro:

La memorialización de un pasado épico, teñido de pasadas glorias imperiales y fetichizado por medio de discursos oficiales, actos triunfales, monumentos a los caídos, poesías garcilasistas y películas históricas de un pasado mitologizado, configuraba de hecho una efectiva desmemorización e imposición de una cultura del olvido de la guerra y de la República, de los ideales ilustrados, de libertad, tolerancia, educación y secularismo, frente a la intransigencia, autoritarismo y represión del aparato nacional-catolicista.¹⁸

La utilización de los caídos va a ser un elemento fundamental, pues todos aquellos soldados caídos en el conflicto bélico van a jalonar las calles de todas las ciudades españolas. Además, al caído se le eleva a los altares, ya no es un simple mortal que fallece en un conflicto bélico, sino que, por ese ideal de cruzada, luchando también en nombre y defensa de la fe y la religión católica, su muerte les convierte en mártires, una muerte que se produce mediante un acto heroico. Apunta lo siguiente Zira Box:

(...) a partir de la vivencia de la guerra se transformaron tanto los objetivos del conflicto (convirtiéndose en una batalla por la defensa del principio deificado nacional) como el significado de la muerte en ella (trocándose en martirio y heroicidad). Así, a partir de esta nueva teodiceia secular confirmada por las religiones políticas postbélicas, los caídos por la causa nacional saldrían sacralizados e inmortalizados.¹⁹

Esta apropiación no solamente tendrá su plasmación en el callejero, sino que en toda ciudad se construirá una cruz por los caídos, en honor a ellos. Por lo tanto, se puede dar cuenta del intento de mitificación llevado a cabo por las autoridades del franquismo respecto a los caídos/mártires, mitos que, dentro del ámbito nacional, tuvieron su eco y su importancia, llegando hasta nuestros días, produciéndose nuevas beatificaciones y canonizaciones de los mártires caídos por Dios y por España, provocando de este modo un choque con las víctimas, pues los caídos por la República no tienen el mismo trato, creando así una memoria selectiva. Asistimos ante un contenido que pervive y procede de la Guerra Civil, una cuestión que seguirá levantando ampollas, pues parece que las heridas todavía no se han cerrado del todo. Para terminar con el tema de los caídos/mártires, es importante señalar las palabras de Zira Box:

En toda retórica oficial y en la celebración ritual de los primeros días de abril, los caídos ocupaban un lugar de excepción. Por un lado, porque, según la interpretación de los vencedo-

¹⁸ COLMEIRO, José F.: *Memoria histórica e identidad cultural: de la posguerra a la postmodernidad*, Barcelona: Anthropos, 2005, p. 44.

¹⁹ BOX VARELA, Zira: *España, año cero. La construcción simbólica...*, p. 121

res, la Victoria que se celebraba era el fruto inequívoco de todos aquellos que habían muerto y entregado generosamente su vida para que la Nueva España fuera posible. Por otro, porque en la específica Pasión, Muerte y Resurrección de España que significativamente se celebraba junto a la Pasión, Muerte y Resurrección²⁰ de Cristo, los caídos eran el vehículo único, necesario y excepcional del drama pascual que vivía el país.²¹

Otro de los conceptos que transcurren en la retórica franquista es el ideal de imperio, cuyo inspirador había sido Ramiro de Maeztu con la obra *Defensa de la Hispanidad* (1934). La fijación por el siglo XVI y XVII que tuvo el franquismo fue palpable, por lo tanto, este concepto se reinterpreta pues en una época después del final de la Segunda Guerra Mundial, hablar de imperio podía resultar peligroso para la posición de España en el nuevo tablero geopolítico y estratégico internacional. De modo que, ¿cómo se reutiliza este concepto? Acude a nuestra ayuda Eduardo González Calleja:

La idea y aspiración de imperio se basa en la proyección al exterior de los valores hispánicos, como en la teoría volkisch del nazismo, del campo resurgiría la fuerza telúrica para el renacimiento nacional. El campesino, místico, frugal y austero. Debería salvar a España de sus enemigos, el judaísmo, el capitalismo, el marxismo y el separatismo, y, una vez logrado este objetivo, instaurar un Estado revolucionario católico-hispánico.²²

No es de extrañar que este concepto esté ligado con el de hispanidad, pues esa proyección al exterior, en el contexto político del momento, es impensable entenderlo como conquista militar, de modo que en él subyace una idea de religión e hispanidad, de unión de pueblos cuya historia y valores se asemejen al español, pero eso sí, situándose España en un papel de padre protector, estando por encima del resto de países de habla hispana, donde el ideal católico jugará un papel importante. Queda bastante clara esa relación entre lo religioso y lo militar, marcando así un aspecto fundamental con unos claros tintes históricos utilizados a tal efecto, produciendo además una especie de unión entre el ideal nacional con lo católico. Un pasado utilizado de forma propagandística que trae consigo una elaboración ideológica bien definida.

Ahora cabría preguntarse qué aporta como novedad, en qué base ideológica se sustenta este nuevo régimen que surge vencedor de la Guerra Civil y qué es lo que hace para conseguir legitimarse y subsistir durante tanto tiempo. Una respuesta bastante elocuente la aporta Cristina Gómez Cuesta:

²⁰ Para comprender estas palabras es preciso señalar que la victoria de Franco coincide con el inicio de la Semana Santa en ese año, de ahí la utilización de esa metáfora con temas religiosos.

²¹ BOX VARELA, Zira: *España, año cero. La construcción simbólica...*, p. 70.

²² GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo: *La Hispanidad como instrumento...*, p. 27.

Lo novedoso del ideario franquista, en este sentido, era que, junto con los planteamientos teóricos centrados en explicar las condiciones sociales, políticas, económicas, etc. vigente, perseguía también una atracción emotiva e irracional centrada en una simbología compleja con actos rituales. Una nueva estética que apelaba más al subconsciente, a lo irracional que a las capacidades críticas y al uso de la razón.²³

Todo este discurso ideológico va a penetrar en la población de forma evidente a través de las diversas conmemoraciones o fastos que la dictadura va a instituir. Se trataba de establecer identificadores simbólicos conformadores de la identidad colectiva y de la proyección exterior de sí misma. Los más comunes y reconocibles suelen ser la bandera, el himno y el escudo, pero también existen otros identificadores más interiorizados, como fechas clave, aniversarios y onomásticas, en definitiva, festejos secularizados en los que el nacionalismo reproduce su propio santoral conmemorativo con el propósito de reforzar los vínculos afectivos entre sus componentes y entre estos y la historia.

Esta definición ayuda a comprender que tanto la República como el franquismo no iban tan desencaminados a la hora de crear su propia cultura política, pues ambos hicieron hincapié en la creación de un calendario, en el uso de personajes ilustres y/o caídos y en el empleo de la historia, la creación de una bandera y del himno. Si bien es cierto que el franquismo debe uno de sus pilares ideológicos a la Iglesia y la República no, el empleo abusivo del franquismo de sus mártires y el olvido al que sometió a los caídos del bando republicano marcan una gran diferencia. Además, el empleo de términos como raza, imperio o nación por parte del franquismo no tiene parangón con la República, pues esta se basó más en conceptos como secularismo, liberalismo, democracia o educación, mientras que el franquismo apeló más a lo irracional para crear de este modo un nexo entre los diferentes componentes que la conformaban. Además, un aspecto importante en el que la República fracasó fue el poder del líder a la hora de unir y que sirviese de catalizador y pegamento en esa creación de la cultura ideológica, mientras que Franco supo labrarse la imagen como líder carismático que verá reflejada su importancia con la creación de calles y la erección de monumentos en su honor.

En palabras de Gómez Cuesta: «Franco había sido el hombre elegido para guiar los destinos históricos de España, resumiendo las dotes necesarias de inteligencia, capacidad, preparación, técnica, ponderación, prudencia y brillante historia militar. Simbolizaba el patriotismo, la hombría y el alma española».²⁴ Una imagen que supo proyectarse a la ciudadanía, una imagen que iba más allá de valores morales y que

²³ GÓMEZ CUESTA, Cristina: «La construcción de la memoria franquista (1939-1959): mártires, mitos y conmemoraciones», *Studia Historica. Historia Contemporánea*, vol. 25, 2007, pp. 89-90.

²⁴ *Ibidem*, pp. 101-102.

también se asentaba en valores teológicos, creando así una especie de teología política. De este modo, comienza un culto a la persona de Franco, quien tendrá también su día señalado en el calendario en el Día del Caudillo.

2. LA IMPORTANCIA DEL CONCEPTO DE MEMORIA COLECTIVA

El concepto de memoria es de suma importancia para la comprensión del nomenclátor urbano, pues este concepto está íntimamente ligado al de cultura política. Es decir, que la cultura política que tienen los diferentes regímenes políticos trae consigo el intento de creación de una memoria colectiva con la cual poder hacer patente su ideología en la sociedad, creando de este modo una serie de pautas culturales que la sociedad pueda asumir y hacer suyos. Por lo tanto, podemos asumir que la función de la ideología política es crear un marco de memoria que aglutine a los diferentes sectores de la sociedad. El uso que se hará del pasado para perpetuarse en el presente es fundamental para comprender este fenómeno, pues el intento de crear una memoria colectiva supone que este fenómeno se imponga por encima de toda memoria individual, del mismo modo que la creación de dicha memoria colectiva trae consigo también un proceso de desmemorización y olvido, pues cada régimen político hará gala de cierta subjetividad a la hora de crear una memoria, enfatizando acontecimientos concretos por encima de otros, además del consiguiente olvido de todo aquello que no forme parte de dicha memoria. Para comprender mejor la importancia de dicho fenómeno, destacan las palabras de Aróstegui:

La memoria, en consecuencia, figura también entre las potencialidades que mayor papel desempeñan en la constitución del hombre como ser histórico. Ella es el soporte de la percepción de la temporalidad, de la continuidad de la identidad personal y colectiva y, consiguientemente, es la que acumula las vivencias donde se ensalza el pasado y presente.²⁵

Como bien argumenta Aróstegui, destaca la importancia de crear una identidad colectiva, aspectos comunes que puedan llegar a la sociedad y qué mejor elemento para difundir ideas que el propio callejero urbano. Así pues, el callejero se convierte en un elemento de difusión de ideas y conceptos, que utiliza acontecimientos históricos, personajes históricos, por lo tanto, un uso del pasado, por supuesto tergiversado, para crear un presente que pueda perpetuarse hacia el futuro. De este modo, la memoria consigue traer a nuestro tiempo el propio pasado para un uso específico y concreto. Pero ¿cómo funciona semejante uso de la memoria? La respuesta también la tiene

²⁵ ARÓSTEGUI, Julio: *La memoria del pasado*, Alicante: Universitat d'Alacant, 2004, p. 13.

Aróstegui: «La memoria, en resumen, funciona siempre en pluralidad, de manera limitada y selectiva, frágil y manipulable, se vierte, sobre todo, hacia la percepción del cambio y ejerce un trabajo simbólico de restitución y de sustitución»;²⁶ mientras que para Maurice Halbwachs la memoria colectiva «envuelve las memorias individuales, pero no se confunden con ellas. Evoluciona según sus leyes, y si bien algunos recuerdos individuales penetran también a veces en ella, cambian de rostro en cuanto vuelven a colocarse en un conjunto que ya no es una consecuencia personal».²⁷

Resulta importante comprender que esa facilidad de manipulación de la memoria la convierte en un elemento clave para cualquier régimen político que quiera expandir su ideología: el aspecto simbólico es fundamental. Todo esto conduce a la construcción de una realidad social por parte del poder político, reflejando así la cultura política. Por lo tanto, en palabras de Aróstegui: «Toda especie de memoria colectiva en cuanto representativa de un grupo es la expresión de un *nosotros*, y está ligada a los intereses de quienes la expresan».²⁸

Estos intereses conllevan la selección de aquellos acontecimientos o personajes que sirven a la causa del poder político, acarreado un olvido selectivo de aquellos recuerdos que no entren en los parámetros que identifican al poder establecido. Este análisis del concepto de memoria nos lleva a pensar la relación de esta con el poder. Se convierte en un elemento más del poder político para llegar a las masas, un mecanismo de poder cargado de simbología y fácil de manipular, entendiendo fácil con la labor que llevará a cabo el poder de represión y silenciamiento para que toda memoria individual no pueda sobreponerse por encima de la memoria colectiva que pretende crear cada gobierno. Por lo tanto, cada régimen político llevará a cabo la construcción de su propia memoria, con el consiguiente éxito o fracaso, pero dicha construcción está ligada al campo de las ideas políticas, donde la cultura política presente, hará su entrada en el proceso de creación de una memoria colectiva. La relación de la memoria con el poder político es un aspecto crucial para entender la importancia que tiene la primera para la política. Destacan las palabras de Fernando Erice Sebares:

Inevitablemente, los estímulos de la memoria van siempre o casi siempre acompañados de correlativas políticas del olvido (...). Esta iconoclasia se inserta en una reescritura de la historia cuya finalidad es configurar una memoria aceptable para los nuevos poderes, o al menos viable en el contexto de las nuevas correlaciones de fuerzas políticas y sociales.²⁹

²⁶ *Ibidem*, p. 17.

²⁷ HALBWACHS, Maurice: *La memoria colectiva*, Zaragoza: Universitaria de Zaragoza, 2004, p. 54.

²⁸ ARÓSTEGUI, Julio: *La memoria del pasado...*, pp. 32-33.

²⁹ ERICE SEBARES, Francisco: *Guerras de la memoria y fantasmas del pasado. Usos y abusos de la memoria colectiva*, Oviedo: Eikasía, 2009, p. 116.

Esa fragilidad y facilidad de instrumentación se convertirá en un elemento fácil de utilizar por parte del poder político y que no solo tendrá su reflejo en el callejero, sino también en la creación de monumentos, símbolos, conmemoraciones, actos, etc. La fácil interpretación que se puede hacer de la memoria trae consigo el uso que se hace de ella, pues la memoria permite utilizar la mitología de forma colectiva creando así una permanencia del mensaje que se transmite. La llegada al poder de un gobierno nuevo trae el uso de la memoria para crear una memoria nacional que permita configurar una identidad a la que pueda aferrarse la sociedad. De esta forma, la memoria se entrelaza con la Historia para tejer un nuevo discurso político afín al poder. En palabras de Aróstegui:

En cualquier caso, la Historia-discurso es bastante distinta de la Memoria-recuerdo, pero siempre aquélla empieza su construcción sobre esta. La memoria cultural que aquí nos importa es la que incardina en el trabajo de la rememoración. En este sentido la memoria tanto individual como colectiva o social tiene relaciones cambiantes con el discurso de la historia. La historia, por su parte, es tanto rememoración como registro. Sin embargo, el registro no es necesariamente rememoración.³⁰

Otra respuesta a dicha pregunta también la da Halbwachs:

La memoria colectiva se distingue de la historia al menos en dos aspectos. Es una corriente de pensamiento continuo, de una continuidad que no tiene nada de artificial, ya que el pasado solo retiene lo que aún queda vivo de él y no es capaz de vivir en la conciencia del grupo que la mantiene. Por definición, no va más allá de los límites de este grupo.³¹

También es interesante señalar la interpretación de Jacques Le Goff: «La memoria, a la que atañe la historia, que a su vez alimenta, apunta a salvar el pasado solo para servir al presente y al futuro. Se debe actuar de modo que la memoria colectiva sirva a la liberación, y no a la servidumbre de los hombres».³² La historia-memoria es utilizada en cada régimen político para legitimarse y justificar sus acciones, a la vez para crear sus propios mitos y símbolos de poder. Por lo tanto, hay un fin político en el uso de estos términos que conlleva la creación de una identidad nacional desde el punto de vista colectivo. Cabe señalar las palabras de Tzvetan Todorov:

El pasado podrá contribuir tanto a la constitución de la identidad, individual o colectiva, como a la formación de nuestros valores, ideales, principios, siempre que aceptemos que éstos están sometidos al examen de la razón y a la prueba del debate, en lugar de desear imponerlos

³⁰ ARÓSTEGUI, Julio: *La memoria del pasado...*, p. 26.

³¹ HALBWACHS, Maurice: *La memoria colectiva...*, p. 81.

³² LE GOFF, Jacques: *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*, Barcelona: Paidós, 1991, p. 183.

sencillamente porque son los nuestros (...). El pasado puede alimentar nuestros principios de acción en el presente; no por ello nos ofrece el sentido de este presente.³³

De este modo, se entra de lleno en el apartado simbólico, aspecto esencial pues ayuda a conocer de primera mano la importancia que tiene la memoria y el uso que se hace de ella para cualquier régimen político. En palabras de Colmeiro: «Solo en el nivel simbólico se puede hablar de una memoria colectiva, como el conjunto de tradiciones, creencias, rituales y mitos que poseen los miembros pertenecientes a un determinado grupo social y que determinan su adscripción al mismo».³⁴

Ese simbolismo permite llegar a la comunidad y convertirse en un elemento representativo de la misma. El aspecto negativo está en que esas tradiciones y creencias representan solamente a las del poder político en cuestión y no a la mayoría de la sociedad del momento. Además, esa simbología y mitos responden a los deseos del vencedor de perpetuarse, convirtiéndose así la memoria en una construcción social que responde a unos parámetros concretos que emanan del poder y con una finalidad específica. Para comprender mejor en qué consiste dicho fenómeno, destacan las palabras de Colmeiro:

Esta memoria colectiva, que otorga continuidad al pasado con el presente y une imaginariamente individuo y colectividad, es construida socialmente, como la base para el mantenimiento de un sentido de identidad cultural. La memoria colectiva se hace necesaria como construcción ideológica para dar un sentido de identidad al grupo, a la comunidad, a la nación, hasta tal punto que se llega si es preciso a «inventar» la memoria para mantener y reforzar esa continuidad (...).³⁵

No debemos olvidar que la memoria es cambiante, parcial y selectiva y sometida al poder político y por supuesto, no será recibida de la misma manera por los diferentes sectores de la sociedad, pues cada sector e incluso cada persona se verá enfrentado a esa memoria colectiva con la suya individual. Esa facilidad de selección y manipulación hará que estos conceptos ligados al nomenclátor urbano se conviertan en una de las herramientas favoritas en manos del poder político, gracias al fácil acceso del mismo y al impacto político producido con el cambio de los nombres de las calles. De modo que el éxito de la memoria colectiva se debe al mantenimiento en el poder de una fuerza política y plasma de forma pragmática su ideario memorístico de una forma óptima, pues con la caída de dicho poder, esa memoria colectiva desaparecerá

³³ TODOROV, Tzvetan: *Memoria del mal, tentación del bien. Indagación sobre el siglo xx*, Barcelona: Península, 2002, p. 211.

³⁴ COLMEIRO, José F.: *Memoria histórica e identidad cultural...*, p. 15.

³⁵ *Ibidem*, p. 17.

para siempre, sobreviviendo tan solo en aquellos que eran adeptos al régimen, formando de esta manera una memoria individual en esos grupos.

Una vez analizado de forma global el concepto de memoria colectiva es preciso señalar las memorias que cada régimen político intentó plasmar, pues cada una de ellas tendrá características diferentes respecto de las otras. Si páginas atrás se analizaban las diferentes culturas políticas, la memoria colectiva no será diferente, y responderá a los criterios establecidos por el poder político, como bien se ha comentado. Para ello, comenzaremos analizando la memoria colectiva cultivada durante la Segunda República, continuando con las palabras de García Cárcel:

La memoria inicial republicana de la sociedad que celebraba el fin de la monarquía fue un tanto inorgánica, mezclando el himno de Riego con vivas a Nicolás Salmerón y con la exhibición de retratos de Fermín Galán y Ángel García Hernández (...). Los republicanos no fueron muy dados al cultivo de la memoria histórica. Tenían una conciencia adanista de los tiempos que vivían. Apenas invocaron la Primera República como antecedente, y tampoco ahondaron en lo que Miguel de Unamuno llamaba con cierto desprecio «excursiones históricas».³⁶

Dicho autor alude al fracaso de creación de una memoria colectiva republicana y para el que influye lo poco que utilizaron los acontecimientos históricos, y muy a su pesar pasar por alto el empleo legitimador de la Primera República, aunque bien es cierto que dicho período político no gozó en su tiempo de demasiado simpatía debido a los vaivenes políticos producidos en ella, y quizá ese sea el motivo de no utilizarla en la creación de una memoria colectiva republicana. Además, en un país cuya historia destaca por ser monárquica, pocos o ningún acontecimiento histórico podía ser utilizado para legitimar a la propia República, tan solo el uso de determinados personajes políticos republicanos de aquel período que destacaron por sus acciones tanto a nivel político como personal y poniendo el foco de atención en los momentos presentes, es decir, en la memoria a corto plazo. Como bien indica García Cárcel:

La memoria republicana pareció concentrar su atención en la etapa más reciente, la monarquía de Alfonso XIII, de la que se subrayaron sus perfiles más sombríos, vinculados sobre todo a la dictadura de Miguel Primo de Rivera. Pronto en la memoria corta se sublimará el 19 de julio, como hito de la capacidad de resistencia al golpe militar, frente al 14 de abril de la memoria oficial.³⁷

Más adelante, con la derrota en la guerra, surgirá una nueva memoria republicana en el exilio, donde la represión y el olvido serán los elementos más destacados de

³⁶ GARCÍA CÁRCCEL, Ricardo: *La herencia del pasado...*, p. 453.

³⁷ *Ibídem*, p. 453-454.

esta memoria, en la cual se hará hincapié en la legitimidad del gobierno republicano, criticando la dura represión y violencia empleada por el ejército franquista durante la guerra y la postguerra y la relación existente entre el régimen franquista y las potencias fascistas. Para concluir sobre la memoria colectiva republicana, son importantes las palabras de Colmeiro:

No hay en España un museo dedicado a la guerra, siquiera un monumento a los padres y madres de la República o un recuerdo a los perdedores, fusilados o exiliados. No hay calles con sus nombres, aunque todavía sobreviven los de muchos héroes fascistas. ¿Hay acaso todavía algo más significativo que un espacio de memoria olvidado? Hoy en día una buena parte de la memoria del exilio republicano está literalmente sepultada en el fondo de un armario.³⁸

Palabras significativas que vienen a demostrar el diferente uso de la memoria en un período democrático como el actual. La persistencia de esa memoria franquista añade más leña al fuego de la memoria republicana y la negativa de los grupos políticos de utilizarla en favor de una unión que permita la creación de una verdadera unidad nacional. El argumento argüido por parte de sectores proclives al mantenimiento de la memoria franquista, es decir, el hecho de que es historia de España y no debe de ser eliminado, debería servir entonces para utilizar también la memoria republicana, aunque bien es verdad que existe una gran diferencia entre los personajes de uno y otro bando. De momento, lo que manifiesta esta discusión bizantina, es que la sociedad española es incapaz de cerrar las heridas del pasado, ajustar cuentas y fomentar una línea de memoria colectiva por la que transcurrir juntos.

Por lo que se refiere al franquismo, una de las grandes diferencias respecto a la República, es que pudo utilizar una memoria a largo plazo: acontecimientos y personajes de la historia de España en una gran variedad de siglos, algo que la República no pudo hacer salvo escasos acontecimientos del siglo XIX. En cambio, el franquismo supo utilizar y manipular aquellos acontecimientos históricos que, una vez manipulados, venían a configurar una memoria colectiva. Otro elemento esencial del que no hizo uso la República fue la Iglesia y su historia, acontecimientos, personajes, simbolismo o mitos, elementos que fueron clave para que el franquismo pudiera crear una memoria basada en siglos de historia incrementada por ese ideal de cruzada que imprimió a la Guerra Civil. Otro elemento clave fue la propaganda en contra de la República que ya venía desde antes de la guerra en los diarios de corte conservador, tradicionalista y católico, que se exacerbó con el comienzo de la guerra. Además, el maniqueísmo apremiante del que hizo gala el franquismo fue un elemento más dentro de la denigración del modelo republicano, al que hay que unir la constante comparación de la República

³⁸ COLMEIRO, José F.: *Memoria histórica e identidad cultural...*, p. 24.

con el bolchevismo-marxismo, otorgándole en todo momento a la República la idea de que era un gobierno extranjerizante. Por lo tanto, en palabras de García Cárcel:

La memoria en el franquismo buscó, ante todo, demonizar la Segunda República, a la que la hace responsable de todos los males y de provocar la sublevación del 18 de julio que se celebra como «resurrección nacional». La fecha del 14 de abril es estigmatizada, y el propio nombre de República o republicanos se borra en beneficio de una semiología más desgarrada. Rojos, separatistas, izquierdistas, marxistas, enemigos de la patria... Los nombres de los republicanos, los referentes socialistas y los apelativos democráticos como Constitución o Libertad son eliminados (...). Se buscaba así construir una memoria que legitimara el propio franquismo.³⁹

Esa demonización resultó ser bastante efectista, pues ha llegado hasta nuestros días, todavía hay quien percibe la República como un gobierno denostado, radical y violento por antonomasia. Surge así un discurso de nostalgia, en el que la Guerra Civil jugará un papel clave, como de tabú junto al de cruzada, unido al uso del pasado glorioso y mitificado para legitimar el franquismo en un período, el de la postguerra, de difícil situación económica, política y social.

El uso y construcción de la memoria juega un papel esencial, se convierte en un instrumento legitimador del nuevo régimen, articulando de este modo la sociedad del momento. En un principio, el franquismo utilizó la memoria de la Guerra Civil como hito clave fundacional, además del uso indiscriminado que hará de sus caídos y mártires. A todo este proceso le seguirá una política de usurpación de lugares públicos en los que poder ubicar monumentos, rotular calles y realizar ceremonias que ejemplifiquen y magnifiquen la memoria franquista. En este sentido, cabe señalar las palabras de Francisco Erice:

Para el franquismo, la memoria de la Guerra Civil era un elemento central de legitimación, en cuanto que la contienda actuaba como un insoslayable mito fundacional. La construcción de dicha memoria se realizó, paciente y minuciosamente, mediante políticas sistemáticas, que incluían la generación y difusión de un relato arquetípico del pasado, la creación-consagración de lugares y la articulación de un conjunto de ritos y ceremonias de claros fines mnemónicos.⁴⁰

Este autor introduce un elemento clave, ya analizado en cierto modo, que es el de mito. La importancia que tiene la mitificación de determinados elementos para otorgarse cierto poder, cierta legitimidad y dotarse de valor respecto al régimen anterior. Pero ¿por qué es importante el mito? A esta pregunta responde García Pelayo:

³⁹ GARCÍA CÁRCCEL, Ricardo: *La herencia del pasado...*, p. 465.

⁴⁰ ERICE SEBARES, Francisco: *Guerras de la memoria y fantasmas del pasado...*, p. 347.

(...) una de las funciones del mito es esclarecer y concretar, a través de sus imágenes y símbolos y, en general, de sus representaciones, lo que las gentes sienten y desean en forma vaga, inconcreta y difusa, así como proporcionar un esquema interpretativo, tanto de los procesos totales como de las partes o acontecimientos que los componen y, con ello, unas pautas de orientación entre los objetivos.⁴¹

Es decir, para que el mito tenga efecto, se deben de utilizar acontecimientos reales o casi reales, deformados hasta un extremo que todavía resulta plausible, pero cuya idea sea más vistosa y aceptada que el hecho real en sí. De este modo, el mito consigue expresar los deseos de la gente y dotar de cierta esperanza a la sociedad, o a los grupos sociales que son cercanos al poder, intentando atraer al resto de la población. Para que esto tenga efecto, hay que hacer lo siguiente, según Manuel García Pelayo:

Lo importante es que el acontecimiento histórico no se explique, o no se explique totalmente por métodos críticos, sino en el fondo como algo misterioso, como una fuerza irrefrenable no concebida como sistema de relaciones, sino como una sustancia solo comprensible mediante un acto de participación.⁴²

El acontecimiento histórico queda diluido dentro del mito, magnificado y deformado, pudiendo sobrevivir en el tiempo debido a ese halo romántico o glorioso que puede despertar el mito y pervivir a lo largo del tiempo. Los mitos llegan a la población porque apelan a los sentimientos, se hacen fuertes en el imaginario colectivo y más si son explotados debidamente desde los órganos políticos. Por lo tanto, para concluir con el mito, destacan las palabras de Manuel García Pelayo:

El mito no trata de satisfacer una necesidad de conocimiento y de conducta racionales, sino una necesidad existencial de instalación y de orientación ante las cosas, fundamentada en la emoción y en el sentimiento y, en algunos casos, en profundas instituciones. En todo caso, es esencial al mito que constituya «una realidad vivida», es decir, que solo exista mientras se vive colectivamente, pues cuando no es vivido se transforma en fábula, fantasía, ilusión, leyenda, etc. Y siendo una realidad emocionalmente vivida, pertenece también a la esencia del mito la imposibilidad, no ya de reparar, sino de distinguir entre el objeto y el sujeto y, por consiguiente, no ya de separar, sino de distinguir entre el objeto y el sujeto y, por consiguiente, quién está poseído por el mito carece de la posibilidad de objetivar sus contenidos.⁴³

⁴¹ GARCÍA PELAYO, Manuel: *Los mitos políticos*, Madrid: Alianza, 1981, p. 25.

⁴² *Ibíd.*, p. 32.

⁴³ *Ibíd.*, p. 23.

3. CONCLUSIÓN

La utilización de aspectos como la memoria, la Historia, los mitos, la ideología política, etc., en el nomenclátor urbano ha quedado demostrada y, sin la explicación de estos elementos, sería imposible conocer el simbolismo y la intencionalidad que se esconde en la selección de los nombres del callejero urbano, el cual se convierte en una herramienta política más para expandir y reflejar la ideología imperante en cada período histórico. La ciudad se convierte en una especie de lienzo en blanco en manos del poder político pero, con el paso del tiempo, las modificaciones producidas por los vaivenes políticos o simplemente el olvido que se produce con el paso del tiempo provoca que, en determinadas ocasiones no se relacionen los nombres de las calles con la intencionalidad de su nombramiento en un primer momento. Es en este contexto donde el historiador debe hacer valer el peso de la Historia para recuperar ese pasado olvidado que una vez formó parte de la ciudad y dar voz de nuevo al pasado reciente para que no se diluya la intencionalidad y de ese modo, en la actualidad, tener conocimiento del desarrollo de la ciudad para poder elegir un nomenclátor urbano que no sea ofensivo ni produzca divisiones entre la sociedad, pues las heridas del pasado siguen abiertas y las discusiones bizantinas tan solo consiguen el estancamiento de los procesos e impiden el avance social.

Cuando pensamos en construir y en contar la historia, generalmente vienen a nuestra mente los archivos y las bibliotecas en cuanto principales depósitos de nuestra memoria. Pero, dependiendo de qué historia queramos desentrañar, a veces resulta necesario buscar las huellas de nuestro pasado o de nuestro presente a pie de calle, en el paisaje gráfico que nos rodea cada día. Desde una pared en cualquiera de sus tipologías (inscripciones, bandos, pasquines, panfletos, carteles, anuncios, grafitis), distribuida en calles y plazas o exhibida en diferentes lugares y momentos (tumbas, altares espontáneos, procesiones, manifestaciones, pantallas, etc.), la escritura nos interpela y motiva reacciones múltiples en quienes la miramos y/o la leemos, que varían en función de la época y del contexto social, cultural, educativo, político, religioso o económico en el que vivimos.

Aunque, en ocasiones, permanece estática; en otras circula e interacciona con la palabra hablada y con la imagen, generando acciones performativas que van desde las lecturas públicas de largo arraigo histórico o el teatro, hasta otras expresiones más contemporáneas, como el cine, la canción protesta, las *Poetry Slam* o las redes sociales. Los artefactos donde se corporeiza la palabra escrita y hablada, fija o móvil, los espacios donde se hace pública, los dispositivos empleados para ello (quioscos, bibliobuses, ferias de libros, imprentas ambulantes, etc.) o el papel que juegan diferentes intermediarios (pregoneros, buhoneros, comediantes, poetas o cantautores) son factores igualmente necesarios para comprender las plurales lecturas y apropiaciones de la palabra en el espacio público.

En este libro se reúnen distintos estudios que se preocupan por estas escrituras *in itinere* desde la temprana Edad Moderna hasta nuestro tiempo. Gracias a las diversas miradas que adoptan sus autores y autoras, podemos entender cómo cualquier escritura expuesta —permanente o efímera, estable o en movimiento—, genera actos y acciones que no se limitan únicamente a transmitir una determinada información, sino que también producen significados histórica y socialmente relevantes.